

Jornada Mundial de la Vida Consagrada  
4 de febrero de 2007



## Notas para la homilía

### Quinto Domingo del Tiempo Ordinario Ciclo C

Henri Nouwen, renombrado escritor sobre la espiritualidad de los que trabajan en la Iglesia, escribió que para que la Iglesia florezca y crezca hay tres funciones a las que los ministros de la Iglesia deben poner atención, ya sean laicos, religiosos o sacerdotes. Primero, el ministro debe ser quien expresa claramente la experiencia humana cuando ésta encuentra a Dios. Segundo, el ministro debe ser una persona de compasión. Y tercero, el ministro debe ser una persona de oración, sobre todo, contemplativa.

Al explicar claramente el camino espiritual con otros, los ministros pueden ayudar a las personas a reconocer sus propias experiencias religiosas; tal explicación también ayuda al compartir la Palabra de Dios y permite que otros asimilen la Palabra en su propia vida. La compasión, insistía Nouwen, debe ser el corazón del ministerio y hasta su naturaleza misma. La compasión nace cuando los ministros comienzan a amar, servir, perdonar a otros y a ser perdonados, así como Jesús amó, sirvió y perdonó. Mediante la contemplación, los ministros descubren dentro de sí mismos la voz del Espíritu y un sentido de esperanza, que pueden compartir con los demás. Los ministros también se tornan capaces de reconocer el rostro de Jesús en otras personas, para hacer visible lo que estaba oculto y hacer tangible lo que parecía inalcanzable.

Cuando Jesús llamó a Simón Pedro, Santiago y a Juan para que fueran pescadores de almas, de un modo muy real los llamó a ser contemplativos compasivos que atraerían a otros hacia Dios y a la salvación, al expresar claramente sus más hondas necesidades y anhelos. Así

como Jesús sirve como contemplativo compasivo, observa cómo la palabra salvadora de Dios se vuelve central y eficaz en el Evangelio. En el versículo 1, escuchamos: “había mucha gente que se apretaba alrededor de Jesús para oír la Palabra de Dios...” Y en el versículo 5, Simón Pedro dice: “pero porque tú lo mandas echaré las redes...”. Finalmente, en el versículo 10, el llamado de Jesús a seguirlo pues “en adelante serás pescador de hombres” fue dirigido a Simón Pedro, mas sus compañeros también escucharon la palabra como un llamado para ellos y también lo dejaron todo y le siguieron.

Hoy celebramos, en toda la Iglesia, la Jornada Mundial de la Vida Consagrada. Esperemos que podamos pensar en al menos una religiosa o religioso enviado a nosotros por Jesús como contemplativo compasivo, para tocar nuestras vidas de tal manera que ella o él nos acercó a Dios y a la salvación. ¿Has conocido a una persona religiosa que te ha ayudado a expresar claramente tus más hondas necesidades espirituales y anhelos, alguien que te recogió en la red y te mostró el rostro de Jesús, y al conocer a Jesús tu vida se ha llenado de significado y propósito?

*(Aquí el/la predicador/a puede insertar un relato personal de alguna persona consagrada que le afectó personalmente y le reveló la presencia de Dios.)*

Existen incontables experiencias semejantes a ésta en toda nuestra comunidad de creyentes. Hoy la Iglesia nos brinda la maravillosa oportunidad de reflexionar y de dar gracias por el don de la vida consagrada en el curso de los años. Sin embargo, al detenernos para reflexionar sobre el hermoso don de la vocación a la vida consagrada, también debemos detenernos y reflexionar sobre la necesidad de tener más mujeres y hombres que sigan los pasos de Jesús. Los apóstoles escucharon a Jesús y se sintieron impulsados a obedecer su llamado a ser contemplativos compasivos. Ciertamente, debemos rezar por vocaciones a la vida consagrada, y también debemos alentar a los jóvenes a escuchar el llamado de Jesús y a seguirle.

Nuestros jóvenes necesitan saber cuánto valoramos a quienes son llamados por Jesús a ser pescadores de almas, y cuánto deseamos que otros sean los contemplativos compasivos entre nosotros para revelarnos la presencia de Dios. Nuestros hogares y comunidad de fe deben ser lugares donde alentamos a nuestra gente a escuchar la voz y las palabras de Jesús al igual que Simón Pedro, Santiago, Juan y otros incontables. Esperamos que, cuando el Señor llame y pregunte: “¿A quién enviaré?”, habrá quienes respondan firmemente como lo hizo el profeta Isaías: “¡Aquí me tienes, mándame a mí!”